

JERÓNIMO BERMÚDEZ (1530 – 1599)

*NISE LAUREADA*

Tragedia Segunda de Doña Inés de Castro y Valladares

ARGUMENTO

Muerto el rey don Alonso, hereda el príncipe su hijo, llamado como su cuñado el de Castilla, y como el otro de Aragón. Viene a coronarse a Coímbra, donde lo suelen hacer los reyes: primero que reciba la corona, entrega tres castellanos al rey don Pedro de Castilla en trueco de los tres alevosos; y desentierra a doña Inés de Castro, y se casa públicamente con ella, y la corona por reina. Tráenle de Castilla a Álvaro González, merino mayor, que fue el que le dio las puñaladas, y a Pero Coello, porque Diego López Pacheco acogiose a Aragón, donde murió miserablemente: de los dos hace justicia, mandándoles en su presencia arrancar los corazones, al uno por las espaldas, y al otro por los pechos.

PERSONAJES

REY DON PEDRO.

ÁLVARO GONZÁLEZ, *merino mayor*.

PERO COELLO.

OBISPO DE COIMBRA.

AYA DE LOS INFANTES.

CAMARERO DEL REY.

CORO 1.º DE COIMBRESAS.

CORO 2.º

CONDESTABLE DE PORTUGAL.

EMBAJADOR DE CASTILLA.

GUARDIA.

ALCAIDE DE CORTE.

VERDUGO.

ACTO I

REY DON PEDRO, OBISPO, ALCAIDE, AYA, CAMARERO, COROS.

REY

Oh tierra de Coímbra, que solías

el firme centro ser de mi descanso,  
¿Cómo sabré pisarte con los pies,  
que ya no corren a tocar la mano  
que el peso de mi vida sostenía?  
¿Cómo sabré mirarte con los ojos,  
que ya no se remiran en aquellos  
que más que los del cielo te alegraban?  
Oh ciudad en cuyo ledo asiento  
plantado había Dios mi paraíso,  
¿qué entrada haré en ti, más yerma y seca,  
más violada con ilustre sangre,  
que el Gelboe de maldiciones lleno?  
Y tú, famoso alcázar, que amenazas  
cual Babilonia el cielo, y te sublimas,  
con las coronas, esceptros y trofeos  
de aquellos altos reyes, más cumplidos  
de bendiciones de aquel reino eterno,  
que de estrellas el cielo, el mar de arenas;  
¿Qué glorias, qué memorias, qué reliquias,  
qué estrenas colgará de tus paredes  
la mano de Absalón el desdichado?  
Estos amargos sauces a la orilla  
plantados deste río, me las muestran  
las que el triste Israel, que desterrado  
de su dulce Sion, y esclavo hecho  
del crudo rey Nabuco, en otras tales  
los instrumentos músicos colgaba,  
memorias tristes de pasadas glorias:  
ejemplo sacro de almas desdichadas  
que en sordo mar de lágrimas y cultas  
las barcas rigen de sus tristes vidas:  
y estos serán los juegos y las fiestas  
con que a vistas saldré de la doncella,  
blasón de fuerte que lo ha sido tanto,  
de víboras y sierpes combatida,  
idea viva de mis pensamientos:  
y éste será el contento y el descanso  
que puedo prometerme desta tierra,  
si alguna puede haber, de las que el cielo  
en torno cubre con lustroso manto,  
donde parezca sombra de descanso,  
que con tormentos vivos me asombre.

## OBISPO

Señor, aunque el descanso y paradero  
del ser y peso humano es el eterno

y poderoso Dios, en sus alturas,  
de suerte que nuestra alma no reposa,  
ni puede hartar su natural deseo,  
hasta llegará Dios, que es fuente viva,  
principio, medio, y fin de lo criado:  
todavía a los que peregrinamos,  
y aquí por peregrinos nos tenemos,  
nos entretiene la bondad divina  
con infinitos gustos y regalos:  
y éste es aquel maná de suavidades  
que el blando cielo nos está lloviendo,  
hasta llegar al fin de la jornada,  
y sobre todos a los altos reyes,  
que acá sus veces tienen en la tierra.

#### REY

Antes el pasto de los desterrados  
la queja suele ser y la amargura,  
que el fruto que les da la tierra ajena,  
las lágrimas sabroso se le hacen  
así que los regalos de los reyes,  
que lo pretenden ser como debrían,  
son lágrimas, sollozos y suspiros,  
nativo fruto de la amarga tierra;  
ni quiso el claro Luso que la suya,  
a su posteridad el cielo grata,  
de Semeles el hijo se atreviese  
a dar aquel licor, aquel veneno,  
aquel dulce tirano de la mente,  
que el humor melancólico destierra  
y alegra los humanos corazones:  
antes en esto debe aventajarse  
el noble rey del bando lusitano,  
que más que todos en sí mismo vea,  
como esta tierra más encantadora  
que Circes, y más sabia que Minerva,  
es un oscuro abismo de altos pechos,  
y un hermoso sepulcro de vivientes,  
de suerte que la del vivir humano,  
es un dolerse siempre, y lamentarse.  
Que bien como este río del Mondego,  
así llamado, porque de la cumbre  
de una áspera montaña se deriva,  
de allí procede como de lo oscuro  
y angosto seno de la amarga madre,  
vertiendo a borbollones de sus ojos

licor, que se parece al destos míos:  
y así con duros hados lamentando,  
de roca dando en roca, viene haciendo  
con sus altos quebrados tal ruido  
que a todos nos ensorda, hasta meterse  
en el amargo mar, donde se acaba:  
tales son los ensayos y reseñas  
de los tristes mortales, que llorando,  
de las entrañas salen maternas,  
cual Jonás de la edónica ballena:  
y a este tono horrible remoliendo,  
el trance acaban de su mortal vida,  
en el mar zabullidos de la muerte.

### OBISPO

Señor, bien claro veo que la vida  
del que vive en espíritu cristiano  
es un acuerdo vivo de la muerte,  
y es justo que con alto sentimiento  
mortales cosas piensen los mortales,  
y los más altos vivan más humildes,  
mirando bien en sus postrimerías.  
Mas también veo que el real estado  
no fue del alto Dios establecido  
para pesares, cultas y miserias,  
sino para contentos y alegrías  
del rey que poseyere dignamente  
el reino que a sus pies esta rendido.  
Criado había el rey del universo  
todo lo que en el vemos, y no vemos,  
y de arte que mostraba bien la suya,  
enriquecido había ya los cielos  
de aquellas inmortales deidades,  
que tienen por oficio hacelle estado,  
los rayos de su vista despuntando  
sobre la hermosa máquina criada,  
cuales privados de los altos reyes,  
que deben ser espejos relucientes,  
en dar el esplendor que así reciben  
del sol humano, que al eterno imita,  
del rey, digo, sol nuestro que lo fuere,  
también había en ellos esmaltado  
aquellas sus lumbreras, cuya vista  
gobierna, alegre y regocija el orbe,  
cual la de claro rey su caro reino;  
mandándoles había que alentasen

con su color vivifico la tierra,  
y los más elementos que llevasen  
tan varias, tan hermosas, tan alegres,  
tan excelentes cosas como vemos:  
que así celaban con deleite sumo  
aquellos ojos de la luz eterna.  
Mas esto quiero, oh gran señor, agora  
que consideres, porque claro veas  
en que consiste tu real estado:  
y como no pesares, ni tristezas,  
no quebrantos, ni cuitas, no lamentos,  
sino contentos, gustos y deleites,  
son los arreos propios de los reyes:  
que porque hubiese quien gozar pudiese  
de mundo tan hermoso, tan alegre,  
y al ser que se le da le redujese,  
en la labor la mano conociendo  
del soberano artífice, convino  
al parecer de aquel senado eterno,  
cuyas obras no pueden mejorarse,  
que un rey le fuese dado conocido,  
vivo destello de su ser y sangre  
al cual obedeciese y acatase  
con natural amor y reverencia,  
el resto inmenso de las criaturas,  
que so el impíreo cielo se guarece:  
y tal fue hecho el hombre a semejanza  
del mismo que le hacía, larga suma  
de todo lo que el ancho mundo encierra,  
milagro de las obras soberanas,  
sello del universo, pues lo estampa  
en aquel hermosura inconmutable,  
que es alfabeto de todo lo criado,  
de suerte que el estado de los reyes  
establecido fue para contento,  
para suavidad, para deleite,  
para descanso, para paraíso:  
que allí cierto no había pesadumbre,  
zozobra allí no había, ni amargura,  
allí no había cuita, ni quebranto,  
no lágrima, no endecha, no gemido,  
no rastro de dolor, ni de miseria;  
todo era resplandor, todo alegría,  
todo era fiesta, todo regocijo,  
todo contentamiento, todo gloria,  
todo un tenor de angélicas costumbres,

relieves de la hartura y abundancia  
de aquel real banquete allá en el cielo:  
mas porque rey de mundo tan hermoso,  
pagado de la alteza de su trono,  
besar no supo, ni acatar la mano  
de aquel rey de los reyes, que le había  
en tal sublime rueda colocado,  
deshízosela él mismo: extraña cosa,  
que fuese tan hermosa aquella fruta  
del árbol, a su dueño reservado;  
y tan tirana aquella su consorte,  
idea viva de mortales deas:  
que así dejase un rey tan sin acuerdo  
de lo que tan presente ver podía,  
y que de rey sublime y poderoso,  
a cuyo parangón los demás reyes  
plebeyos fueran, fuese hecho esclavo,  
y miserablemente atormentado  
de aquellas cosas que antes le aplacían,  
sujetas y rendidas a su mando.  
Oh suerte digna de alto sentimiento,  
que dando rienda a los sentidos ciegos,  
en ellos viese su afrentoso estado,  
y viese oscurecida y eclipsada  
aquella luz de gracias inefables  
del alma noble, que a su Dios mirando,  
cegara toda vista porfiada.  
Aquí fue bien que el triste se aquejase:  
aquí fue bien que el triste se plañese,  
y regase con lágrimas la tierra,  
que espinas ya y abrojos le criaba:  
y que las criaturas que él pudiera  
mirar y gobernar con gran deleite,  
le acrecentasen el lamento eterno,  
confusas, afrentadas y corridas  
de ver su rey, su gloria, su triunfo,  
que a su descanso y fin las reducía,  
captive, esclavo, y miserable hecho,  
al banco de la muerte aherrojado;  
mas el eterno rey en cuyo pecho  
las cuitas del humano hacen mella,  
viendo el teatro de las criaturas  
con todas ellas ir tan de caída,  
y que una tan hermosa monarquía  
como era la del mundo, que acá vemos,  
no conseguiera sus debidos fines,

a falta de caudillo y presidente,  
que como el alma al cuerpo le rigiese:  
luego le proveyó de aquel reparo,  
que más lo fuese de tan graves daños,  
y así mandó que hubiese entre los hombres  
uno que los mandase y gobernase,  
con título de rey, porque al Eterno  
vea que ha de imitar en los arreos,  
en el reposo, en la providencia,  
en la sabiduría, en la constancia,  
en la misericordia, en la justicia,  
en el amor con que las cosas mira,  
y dellas es mirado y acatado.  
Oh suma dignidad del rey eterno.  
Dado al mundo por Dios, que acá lo mande,  
para del mundo a Dios dar más que el mundo:  
que cuales en el cielo aquellos entes  
por tus oficios ángeles llamados,  
que allá se están mirando cara a cara  
la del sumo señor, y acá nos rigen,  
nos guían, nos alumbran, nos consuelan;  
tal debe ser el rey, si sello quiere,  
de aquel eterno espíritu colgado,  
para bien gobernar el caro reino  
que de su mano cuelga, y providencia  
suave, y más que humana consonancia,  
que el rey del suelo con el rey del cielo,  
y cielo, y suelo, con sus reyes anden,  
tan acordados y tan avenidos,  
que lo que el rey del suelo acá recibe  
del rey del cielo, al suelo lo reparta:  
y el suelo a su rey haga tal retorno,  
que ya no suelo sino cielo sea,  
y todo vuelva a su primer principio,  
a su medio, a su fin, a su descanso:  
y ésta es la suerte que la eterna mano  
hizo en nosotros, dándote este reino,  
y abriéndonos por esta oscura selva  
la vía láctea del descanso eterno.  
Y pues esto es así, bien claro queda  
cuanta constancia, cuanta mansedumbre,  
cuanta serenidad, cuanta blandura,  
cuanta alegría, cuanto regocijo,  
cuanto reposo, cuanta providencia  
en ti se debe hallar, en cuya gloria  
la deste caro reino está librada:

y por el consiguiente cuanto debes  
huir de cuitas, llantos y pesares,  
de angustias, de congojas, de tristezas,  
y mucho más de culpas que las causan,  
indignas de los pechos más que humanos  
de reyes claros dioses en la tierra.  
Y así señor, por el divino arreo  
de tu sagrado nombre, te suplico  
te acuerdes que eres el pastor, el padre  
(de Agamenón lo dijo el cano Homero),  
el valedor, el adalid, la guía,  
el ser, la fuerza, el brazo, la esperanza,  
el corazón, el alma, el movimiento,  
el resplandor, la luz, el alegría,  
la gloria, la pujanza y el triunfo,  
deste tu caro reino que te adora:  
y así te muestres hoy más agradable,  
más glorioso, y más resplandeciente,  
que aquel almo pastor del grey sagrado,  
cuando del alto Oreb, y de la mesa  
del sumo mayoral que la regia,  
bajaba a dar el pasto a su rebaño,  
con un iris clarísimo en la frente,  
veneras de tan santas romerías,  
de tanto resplandor que deslumbraba,  
cuanta luz y belleza descubría.

REY

Bien veo, padre en Cristo, que has querido,  
cual David con la música, alegrarme,  
el afligido espíritu sangrando  
con la armonía desas tus razones,  
que tales me serán, y recibidas  
en cuenta, de la mucha que tú debes  
tener conmigo, que te estimo y quiero  
al peso del que Dios partió contigo.  
Mas no sé si el dulzor de tus palabras  
dará su punto al cáliz de amargura,  
que ya voy a probar en esta entrada;  
que cual rabioso perro, que su rabia  
de sed causada, remedios pretende  
con agua fresca de la clara fuente,  
y junto a ella puesto, ya que quiero  
en ella se entregar, en ella viendo  
la triste sombra de su horrenda cara,  
con grima huye della, y de sí mismo:



tal yo me siento agora, y no sé cómo  
los campos vea, donde Troya ha sido.

ALCAIDE

Oh gloria de los reyes gloriosos  
que fueron y serán en Lusitania,  
columna principal del cristianismo,  
el rey de poderíos celestiales,  
que lo mortal y lo inmortal gobierna,  
el esceptro te prospere, y la corona  
tan gloriosa sea tu venida,  
cuanto de tus vasallos deseada,  
que al cielo dan las gracias que te ven,  
Ilustre rey, en cuyo ledo asiento  
parece que se pueden los mortales  
de la ley de la muerte ir libertando,  
Estas llaves son deste alcázar tuyo,  
antiguo trono de sagrados reyes:  
recíbelas, señor, y el homenaje  
que a tus mayores di, que me las dieron;  
aquí te las entrego, con protesta  
que de te ver en esta tierra tuya,  
a Dios está mi espíritu entonando  
del viejo Simeon el dulce canto.

REY

De Dios el bien, de nos el mal procede.  
¿Mas dónde están mis hijos sin ventura?  
Oh hijos míos, y de aquella madre  
que el mundo malo merecer no pudo,  
la bendición de aquel eterno padre  
del cielo y de la tierra os comprenda;  
tan favorable el cielo siempre os sea,  
que la tierra os adore largos años.  
AYA Señor, ha sido tanto el alborozo  
de sus sagradas almas estos días,  
que tu venida buena adivinaban,  
que a veces el placer que en ellos siento,  
es tan sobrado en mí, que lo derramo  
por estos ojos míos como agora.

REY

¿Hijos de mis entrañas, conoceisme?  
Amores, ¿dónde es ida vuestra madre?  
¿Por qué se fue? ¿Por qué os dejó tan solos?

AYA

Su madre desde el cielo los bendice.

REY

Bien fuera que en la tierra los criara.

AYA

En esta vida no hay eterna cosa

REY

La triste remembranza de su muerte,

AYA

Y el gozo alegre de su eterna vida.

REY

En fuerte punto la perdí de vista.

AYA

No aquel amor más fuerte que la muerte.

REY

Ni aquel celo más duro que el infierno.

AYA

Los ángeles querían coronalla.

REY

Las furias del infierno destruilla.

AYA

La grande ira de Dios sobre ellos carga.

REY

Oh sobre mí, sino los destruyere.

AYA

Aún agora se me rasga el alma  
de vérsela rendir al duro hierro.

REY

Oh cielos que lo vistes,  
oh muerte cruda, ¿por qué me has dejado?  
Para darme una vida  
de muertes tan cargada,  
que puje sobre todo sentimiento

que no me das tu vida, o muerte cruda,  
sino, ay dolor, porque mi alma muera:  
que no acostumbra el cielo,  
por poco comenzar, cuando pretende,  
echar en el abismo  
un rey más abatido que la tierra.

AYA

Señor, en cuya vida,  
señor, en cuya gloria está librada  
las destos angelicos, que te lloran  
de verte a ti llorar tan tiernamente  
no los aflijas tanto.

REY

Llorad, llorad, amores,  
llorad conmigo vuestra desventura,  
hasta que la piedad del padre eterno  
a todos nos esfuerce,  
o a todos, cuales nubes, nos vuelva  
en piedras, que con lágrimas se ablande  
que nuestros duros hados  
de sola cuita y llanto se sustentan.  
Llorad también vosotras,  
matronas y doncellas lusitanas,  
que habéis también quedado  
sin vuestra gran señora,  
sin vuestra noble reina,  
sin vuestra valedora,  
sin vuestra compañera, y dulce hermana.

AYA

Las leyes, señor mío,  
de los celestes hados, no se rompen  
con lágrimas de blandos corazones  
ni ciegos de llorar los ojos pueden  
dar vida a quien ya desta se ha librado.

REY

Tanto más me es forzoso  
dolerme y lamentarme,  
cuanto más sin remedio  
mis desventuras veo.

CAMARERO

Señor, cosa es indigna de los reyes

dejarse así llevar de la tristeza.

REY

La discreción humana es más indigna  
si manda que se goce el bien amado,  
y que no dé dolor el bien perdido.

CAMARERO

La discreción humana si se mide  
por la divina, su medida y regla,  
de todos males saca grandes bienes.

REY

¿Qué bien puedo sacar de mal tamaño?

CAMARERO

El bien del sufrimiento, que es divino.

REY

Duro consuelo, el duro sufrimiento;  
antes si por tal caso yo pasase,  
al cielo ofendería, y a la tierra.

CAMARERO

No te quiero, señor, tan insensible,  
que dejes de sentir tan duro encuentro,  
ni de ánimo tan flojo y desmayado,  
que dejes de vengar cruera tanta:  
mas quiérote con Dios tan ajustado,  
que no pases los lindes de sus leyes,  
y que de suerte sientas este golpe,  
que no se trueque en furia el sentimiento,  
pues ves que la fortuna no se suele  
con la furia menguar del que la corre,  
ni con lágrimas nuevas, llagas viejas  
curarse suelen, antes recentarse.  
Que los que dicen que el llorar es gusto,  
o del todo le tienen ya perdido,  
o poco debe ser lo que han llorado,  
pues lágrimas maduran las tristezas  
con tan amargo fruto, que hemos visto  
a muchos quede lágrimas se ceban,  
en furia y en insania convertidos,  
ser despeñados de las altas rocas  
en el abismo del eterno llanto.

REY

Pesado aviso de filosofía,  
sin las causas quitar de las tristezas,  
querellas hacer dulces y suaves.

CORO

Las aguas de Mara que no podían  
por su amargor nativo ser bebidas,  
después que del madero son movidas  
con gusto y con dulzura se bebían,  
las penas y zozobras que solían  
amargas parecer, y desabridas,  
en el árbol dulcísimo enjeridas,  
otro sabor tendrán del que tenían.  
Porque ¿qué pena habrá, que pena sea,  
si con aquella del cordero manso  
por nuestras culpas, fuere comparada?  
¿O qué amargura que por tal se crea,  
con la dulce esperanza del descanso  
de aquella eterna patria deseada?

REY

Eso podéis cantar a los que lloran  
de verme a mi llorar mi grave daño,  
pues pienso reparalle con ejemplos  
de más cruel de más inexorable,  
de más amarga y áspera justicia,  
que jamás en el mundo se han oído.  
Y aquellos tres huidos de Castillo,  
que en Portugal pensaban guarecerse  
bien pueden hacer cuenta que acabaron  
las de sus vidas tristes, y entregados  
a su rey han de ser, en trueco franco  
de aquellos crudos enemigos míos;  
y llámeme cruel el mundo malo,  
que estos serán mis gustos y mis gozos  
gozos de rey tan mal afortunado.

CORO

¡Cuán mal afortunado  
el rey puede llamarse  
que de cruel tristeza está tocado:  
y cuánto lamentarse  
el reino desdichado  
que mereció tal rey por su pecado!  
Oh patria lusitana,

de piedad despojada  
más que la inhabitable sierra hircana  
ya hace en ti mesnada  
la triste sombra insana  
de la otra infernal furia castellana.  
No te asombra el bramido  
del fiero león hambriento,  
que al pueblo baja ya desde el ejido,  
y con rabioso aliento,  
busca despavorido  
la res que menos halla de su nido.  
Asómbrenle las feas  
y torpes culpas tuyas,  
que bastan a que cuando tal te veas,  
con grima de ti huyas,  
y en tu Dios te reveas,  
fuente de la hermosura que deseas.  
Con pecho quebrantado  
te rinde a su clemencia,  
y dile que se acuerde que ha fundado  
en ella la potencia,  
la fuerza y el estado  
del que te rige en trono sublimado.  
Y que este fundamento  
del público edificio,  
en otro estriba de inmortal asiento:  
que es su justo juicio,  
castigo y escarmiento  
de todo desmandado pensamiento.  
Que no te desampare,  
oh lusitano bando,  
de arreos tales antes te repare:  
en el puño apretando,  
cuando más se ensalzare,  
el corazón del rey, que te juzgare.  
Oh patria lusitana,  
que espejo de clemencia  
solías ser, y de nobleza humana:  
¿quién llevará en paciencia,  
que vengas de cristiana  
a ser en crueldad más que pagana,  
y que aquel rey del cielo,  
despierto al alarido  
de la vertida sangre en este suelo,  
a rey le haya rendido,  
que envíe sin recelo,

tras mi nombre cruel, su esceptro abuelo?

## ACTO II

CONDESTABLE, REY DON PEDRO, EMBAJADOR, COROS.

### CONDESTABLE

Cual ave que no sabe consolarse,  
sin la sangre verter del pecho tierno;  
oh cual madre que viendo apresurarse  
del parto amargo, flama el padre eterno,  
oh cual alma que yendo a despojarse,  
las sombras teme del oscuro infierno:  
tal me tiene el pensar, o patria mía,  
que tal es tu congoja y agonía.  
Veo que el cielo sobre ti derrama  
la sangre, con que el suelo violaste,  
y que te cerca ya la cruda llama  
que con tus propias manos atizaste:  
pues el nuevo pastor cual león brama,  
por la preciosa res que le mataste,  
¿Qué harás, oh Lusitania, en tal estrecho,  
sino volverte a Dios con sano pecho?

### CORO

¡Oh corazones,  
más que de tigres,  
oh manos crudas,  
más que de fieras!  
¿Cómo pudistes  
tan inocente,  
tan apurada  
sangre verter?  
Ay, que su grito,  
oh Lusitania,  
patria mía,  
ay, que su grito  
desde la tierra  
rompe los cielos.  
Rompe las nubes,  
rompe los aires,  
trae las llamas  
del celo vivo,

trae los rayos  
del vivo fuego,  
que purifica  
toda la tierra  
contaminada  
de la crueza  
que cometiste;  
trae la vara,  
trae el azote,  
trae la peste,  
trae la furia  
que te castiga  
sin piedad.  
Oh Lusitania,  
patria mía,  
en ti fortuna  
destos enojos,  
en la tormenta  
destos pesares  
que te combaten,  
vete al abrigo  
del que te abriga,  
vete al amparo  
del que te ampara.  
Abre los senos  
desas entrañas,  
abre las arcas  
desos tesoros,  
saca las prendas  
inestimables,  
y las reliquias  
más que sagrados  
en que confías:  
muestra las quinas,  
ricos trofeos  
de tus hazañas:  
muestra las quinas,  
ciertas veneras  
de romerías,  
tan preciosas:  
muestra las quinas,  
claras insignias  
de la clemencia,  
del amor puro  
del que por prendas,  
del que por armas,



dártelas quiso.  
Válgate el precio  
y valor dellas,  
para librarte  
de la congoja,  
de la fatiga,  
en que te tienen  
puesta tus culpas,

REY

¿Qué dices, condestable, a la embajada  
que trae bien pensada el castellano?

CONDESTABLE

Pesada al lusitano.

REY

Ya la oíste.

CONDESTABLE

Estoy, señor, tan triste de sabella,  
con la respuesta della, que maldigo  
la muerte que es conmigo tan esquiva,  
que no quiere que viva en este suelo,  
sino para del cielo ver las leyes  
rompidas por los reyes, que debieran  
ser los que defendieran su partido.

REY No seas atrevido, si no quieres  
pagar lo que dijeres con la vida.

CONDESTABLE

A ti, señor, rendida, no la honra  
de haberte la deshonra declarado  
que a este reino has dado, en dar entrada  
a la desatorada tiranía  
de aquel lobo que envía a ofrecerte  
los perros, por cogerte los corderos  
por estos tus oteros guarecidos  
de sus fieros aullidos, que me erizan  
el corazón, y atizan este celo,  
a que tan sin recelo contradiga  
de tan infame liga las estrenas.

REY

De Tántalo las penas merecía  
quien tanto desconfía, y se me atreve,

mas tú verás en breve que este esceptro  
no consiente otro esceptro en las consejas,  
ni son estos ovejas, ni corderos,  
sino lobos arteros, y peores,  
con ajenas colores almagrados.

#### EMBAJADOR

Señor, en la república bien puesta,  
donde la paz con la justicia mora,  
aquel se muestra vivo miembro della,  
que la vida aventura por quitalla  
a quien la quita a otros, y quebranta  
las firmes treguas del común descanso,  
dulce fin del gobierno de los reyes.

#### REY

Los reyes en las obras de justicia  
nos hemos de esmerar, que este es el basis  
sobre que estriba nuestro real estado,  
ésta es la que nos hace ser temidos  
de amigos y enemigos, en el trance  
desta vida mortal, y al cabo della,  
ella es la que nos lleva, y nos trasforma,  
en aquel sol eterno de justicia,  
si acá bien la entablamos en la tierra.  
Y así procuraré, mientras al cuerpo  
este real espíritu rigiere,  
de dalle alojamiento por las casas  
de los más estirados de mi reino.  
Que aún el blasón de aqueste alcázar mío,  
con la doncella en torno rodeada  
de fieras, que es al vivo la justicia,  
me trae a la memoria estos peligros.

#### CONDESTABLE

Jamás yo deseé sino justicia,  
ni quiera Dios que falte de mi casa,  
pues veo que sin ella el edificio  
de toda la nobleza, es humo y viento;  
ella es el fundamento, es el apoyo  
del ser, valor, y resplandor humano,  
ella es la que corona y galardona  
las obras, los cuidados, los deseos  
de todo noble y bien andante pecho.  
Ella es la que edifica las moradas,  
y planta los alegres paraísos,

que el cielo y suelo prometernos pueden:  
ella es la que fabrica las ciudades,  
sustenta los estados y los reinos,  
levanta y tiene en pie los señoríos,  
dilata, ensancha, encubra los imperios.  
Sin ella alto es bajo, el claro oscuro,  
el sabio necio, el rico sin haberes,  
el libre esclavo, el fuerte sin aliento,  
el noble infame, el rey sin poderío.  
Sin ella éste tu reino, oh rey don Pedro,  
que siempre ha sido estado glorioso  
de reyes y señores, cuyo esceptro  
sobre la cumbre de Ida se encarama,  
sería, un vano encanto, un triste sueño,  
una mortal estatua o estantigua,  
cuan el rey babilónico soñaba,  
deshecha en polvereda, que cegase  
la vista de tus ojos, que debrían  
ser más que los del águila fulgentes.  
Mas ¿qué digo? Sería éste tu reino,  
si tú no le cumplieses de justicia,  
cual vid sin cepa, cual sin tronco rama,  
cual res sin dueño, cual sin cuerpo sombra,  
o cual cuerpo sin alma quedaría.

#### REY

La mía se me arranque deste cuerpo,  
primero que yo deje por flaqueza  
de mantener justicia rigurosa:  
de mí se olvide mi derecha mano,  
al paladar mi lengua se me apegue,  
primero que yo deje de emplearme  
de suerte que los vivos y los muertos  
los duros golpes sientan de mi esceptro.

#### CONDESTABLE

La fuerza de tu esceptro es la justicia,  
justicia es el blasón, el apellido,  
el sello, la sortija de las armas,  
la laurea, el diadema y la corona  
que más asienta a los sagrados reyes.  
Della te quiero ver tan guarnecido,  
cuanto de tus vasallos acatado.  
Ella es la fuente más que pegasea  
de todos los arreos y grandezas  
que en los humanos pechos se atesoran:

ella es el cuento, el peso y la medida  
en que consiste el ser de los vivientes:  
ella es la madre pía del sentido,  
el nervio del discurso y del juicio,  
de la tranquilidad y del descanso,  
de todos los ilustres pensamientos:  
ella es aquel ambrosía regalado,  
y aquel suave néctar de los dioses:  
aquel sagrado cuerno de Amaltea,  
que está vertiendo siempre los tesoros,  
y enriqueciendo los dorados siglos  
de gracia y virtudes inefables:  
mas porque ese deseo y celo tuyo  
no salga de los lindes que le ha puesto  
aquella eterna celestial justicia,  
suplícote, señor, que la contemples,  
y della como de sagrada idea  
la tuya acá retires en tu pecho,  
para entabialla en este reino tuyo,  
de suerte que el eterno se te entregue.  
Que bien como el espejo cristalino,  
a los rayos solares contrapuesto  
al mismo sol separa semejante,  
y así los rayos que del sol recibe  
los comunica luego, y los reparte  
por todo aquello que se le descubre;  
así sin duda tú si te aseguras  
a contemplar la claridad inmensa  
de aquel eterno punto de justicia  
al peso tuyo, quedarás en ella  
con más que humano aliento transformado  
y así serás cual sol resplandeciente,  
y tu presencia y vista soberana  
cual el frescor de la rosada aurora,  
que alegra y regocija el hemisferio,  
oscuro y triste por la ausencia della.  
Desta verdad fue mística reseña  
aquel paladio oscuro que hacía  
clara la gente, que antes era oscura,  
y aquel retrato sacro de Minerva,  
que consigo traía el sabio griego  
que deste reino tuyo el esceptro tuvo,  
mas no te enfade aqueste peregrino  
engaste de virtud que tanto precias,  
pues suele cada cual de lo que estima  
oír alegremente el toque y loa.

REY Bien sabes tú que suelo yo de grado  
oírte, porque sé que tus conceptos  
son partes de un espíritu discreto,  
del bien de mi república celoso.  
Y así te ruego agora que te extiendas,  
y alargues por el cielo, y por el suelo,  
donde vieres que llega la justicia,  
de que me quieres ver tan adornado.

#### CONDESTABLE

Merced, señor, es esa merecida  
desta pureza y fe con que te sirvo,  
y Dios lo sabe bien, que deste pecho,  
a tu perpetua gloria consagrado,  
jamás salió lisonja por mi boca,  
sino verdad, lisura y desengaño,  
arreo natural de caballeros.  
Contempla pues, señor, que aquella eterna  
justicia, de aquel sol llamado della,  
es la estrella, la guía, el norte, el polo,  
por donde el cielo y suelo se gobiernan;  
es la columna de la fuerza eterna  
sobre que estriba todo lo criado,  
que quiere conservar su ser y punto;  
ella es la que reparte por sus coros,  
aquellas inmortales hierarquías,  
que allá le están en el impíreo trono  
eternas alboradas entonando,  
y acá sin intervalo componiendo  
de todo el universo la armonía;  
ella es la que compone las esferas  
de aquellos cuerpos que los nuestros rigen:  
ella las mueve en torno, y las gobierna,  
con paso apresurado, o vagaroso;  
ella es la que de Lidia el carro trae,  
en que el dorado Apolo va su vía;  
ella es la que da luz a las estrellas,  
y hace de Diana el cerco claro,  
contra el oscuro velo de la noche;  
ella es la que la paz y la concordia  
entre los elementos establece,  
que a su término y linde están atados.  
Ella es la que deslinda y parte el año  
entre verano, estío, otoño, invierno,  
con una variedad tan acordada,  
que, es un suave pasto de la mente.

Ella es la que da ser, da vida y gloria  
a todo lo visible, y que no vemos.  
Ella es la que lo humano a lo divino,  
y lo mortal a lo inmortal allega,  
ella es en fin aquella, aquí el sentido  
y la razón humana desfallece,  
ella es aquella que su falta viendo  
acá bajó a la tierra desde el cielo,  
cual sol de nube oscura rodeado,  
con que hizo sombra a los humanos ojos,  
que no sufrieran la soberanía  
de aquella claridad inaccesible  
ella es la que vistió aquel verbo eterno  
de aquella sacra púrpura teñida  
con la rosada y siempre virgen sangre,  
en que mojó el pincel, con que la imagen  
de su divino ser, ya deslustrada  
volvió a pintar en nuestras nobles almas;  
de suerte, o gran señor, que aquella eterna  
justicia, que te debe ser dechado,  
y espejo en que te veas, y reveas  
para imitar sus lejos, y sus cercas,  
sus líneas, y sus sombras, y sus vivos  
su perspectiva, su primor, y arreo  
sus obras, sus hazañas, sus proezas,  
sus glorias, sus triunfos, sus trofeos,  
toda es alegre, clara, y refulgente,  
discreta, proveída, gloriosa,  
suave, dulce, blanda, reposada,  
espléndida, magnánima, jocunda,  
igual, clemente, sana, primorosa,  
fácil y liberal, humilde y mansa,  
del gusto, del descanso, del reposo,  
del ser y bien del mundo cuidadosa.  
Mas, ay dolor, que éste es el que me aflige,  
y el triste corazón me tiene helado,  
que veo que esta idea de justicia,  
que aquí debiera ser el rey terreno,  
es aquella doncella colocada,  
medalla hieroglífica de reyes,  
entre las doce estrellas, desdeñosa  
del mal parado albergo deste suelo.

REY

También esa justicia allá se pinta  
en medio de un león y una balanza,

y así presto verás por mal de muchos  
cómo la fortaleza de mi pecho  
el adalid será de mi justicia,  
al peso ejecutada de las obras  
que cada cual hiciere en mi desgracia,  
y bien pudieras tú con esas flores  
mezclar estas espinas, y traerme  
a la memoria, en que los tengo, aquellos  
ejemplos memorables de justicia,  
con que se venga Dios de sus contrarios:  
aquel diluvio de cruel matanza,  
que la tierra sorbió descaminada;  
aquellos fuegos de su saña viva,  
sobre las ciudades de escarmiento;  
aquellas siete, o siete mil millones,  
de plagas, hambres, guerras, pestilencias;  
aquel azote crudo que descarga  
sobre sus enemigos cada día;  
aquel Infierno eterno fabricado  
para todos aquellos que le ofenden.

#### CONDESTABLE

Señor, aquel eterno rey del cielo  
es tan celoso de sus criaturas,  
y de comunicarnos su bondad,  
que siempre por amor, o por temor,  
de allá del cielo nos está llamando.  
Primero nos convida con clemencia,  
toque primero de la bondad suma,  
y piedra imán de nuestros corazones;  
y si con esto ve que no nos mueve,  
como forzado, acude a compellernos  
con el castigo, no sin piedad,  
que esta es el alma y vida de sus obras;  
es della tan amigo el dulce padre,  
que en todo lo que hace, aunque parezca  
ser el castigo sumo, nos la muestra:  
y así quisiera yo, rey piadoso,  
que tus estrenas fueran de clemencia,  
de amor, y de justicia piadosa,  
no de rigor, ni de dureza tanta.  
Que digan por el mundo que te quieres  
en todo parecer al de Castillo.

#### REY

¿Qué piedad quisieras tú que usara

con estos tres honrados castellanos,  
que acá pensaban guarecer las vidas?

CONDESTABLE

Que no los entregaras a la muerte.

REY

A su rey les entrego, deles vida.

CONDESTABLE

Quitola a quien la suya le había dado.

REY

Júzguelo Dios.

CONDESTABLE

Sí, juzgará, que es justo.

REY

Los hombres no, porque los juzguen reyes.

CONDESTABLE

Júzgalos mal los que no les mantienen  
las leyes y costumbres que los salvan.

REY

¿Qué ley salvaba a estos?

CONDESTABLE

La que salva  
a quien de ti se ampara, y puede poco.

REY

El rey que no se venga puede menos.

CONDESTABLE

El rey que ampara a muchos puede mucho.

REY

¿De mí se han de amparar contra mi hermano?

CONDESTABLE

Hermano es hoy, el que enemigo ayer.

REY

¿No me entrega los otros alevosos?



CONDESTABLE

Entrega y trueco digno de memoria,  
trocar los justos por los pecadores  
los Inocentes por los desalmados.

REY

¿Tan inocentes te parecen éstos?

CONDESTABLE

Si no lo han sido, aquí debieran sello,  
o por tales juzgados a lo menos,  
al sagrado acogidos de tu reino.

REY

¿Valiérales sagrado allá en Castilla?

CONDESTABLE

Ni acá tampoco, pues así lo quieres.

REY

Es cosa justa que los otros vengan.

CONDESTABLE

Es cosa injusta que estos allá vayan.

REY

Allá se lo haya el rey que los juzgare.

CONDESTABLE

Y allá te lo hayas tú que los entregas.

EMBAJADOR

El edificio grande gran cimiento  
ha de llevar, señor; tu real estado,  
ahora que comienzo, es bien que vaya  
fundado sobre ejemplos de justicia:  
y no la hicieras tú si no entregaras  
a mi señor y rey los que te pido,  
Hernando Gudiel el de Toledo,  
Ortun Sainz Calderón, y Menrodríguez  
Tenorio, todos tres en cambio justo  
de aquellos enemigos que allá tienes,  
cuyo castigo y muerte el cielo pide:  
demás que la amistad entre los reyes,  
hermanos mayormente, y tan vecinos,

al cielo y suelo siempre ha sido grata:  
con esto la confirmas, y te vengas,  
de quien tu celsitud ha violado:  
y entables sobre todo entre los hombres  
aquel temor, aquel espanto y grima  
que Dios pone de sí a los pecadores.

REY

Ya yo te los he dado, vayan luego,  
porque los otros vengan a mis manos.

CONDESTABLE

Los otros sí, ¿mas estos?

REY

Estos mueran.

CONDESTABLE

Sí morirán, y dello a mí me pesa.

EMBAJADOR

¿Que te pesa que mueran malhechores?

CONDESTABLE

El malhecho aborrezco, pero quiero  
salvar al malhechor, cuando le salva  
la ley y la razón que es alma della.

EMBAJADOR

Quien salva al malhechor, condena al justo.

CONDESTABLE

El cielo ampara, y salva a muchos malos.

EMBAJADOR

¿Que el cielo quiere que los malos vivan?

CONDESTABLE

No quiere el cielo que los malos mueran,  
sino que se arrepientan de sus culpas.

EMBAJADOR

Sólo Dios sabe bien quien se arrepiente.

CONDESTABLE

Todo buen pecho espera el bien ajeno,

y teme el propio mal.

EMBAJADOR

Así le teme  
mi rey de los que juzga y señorea.

CONDESTABLE

Si los amase, no los temería.

EMBAJADOR

Si los amase, no le temerían.

CONDESTABLE

Del buen amor el buen temor procede.

REY

Esta vida es un golfo de temores.

CONDESTABLE

También un mar bermejo de cruizas.

REY

En él los malhechores se anegaron.

CONDESTABLE

Y Faraón que a buenos perseguía.

REY

A los malos persigo con justicia.

CONDESTABLE

Querría que los reyes entendiesen  
que es crueldad y furia la justicia  
que de equidad humana se desvía.

REY

¿Qué llamas equidad?

CONDESTABLE

Aquel sereno  
y claro resplandor del rey humano,  
que su decoro guarda, y da su punto,  
su gusto y su sabor a todo estado,  
guardando aquellas leyes y costumbres,  
aquellos fueros santos y derechos,  
que en peso tienen el descanso justo

de toda suerte y calidad de gente.

EMBAJADOR

¿Tanto se deben humanar los reyes,  
que lo que allá su espíritu les dice  
se haya de anivelar con lo que aplace  
al rico, al pobre, al bajo y al plebeyo?

CONDESTABLE

Los reyes deben ser tan soberanos  
en todas sus empresas y designios,  
cuanto al perdón de las ofensas prontos.  
Deben ser tan celosos de las vidas  
de todos los rendidos a su mando,  
cuanto de su justicia cuidadosos.

REY

No más, embajador, no más razones  
con quien no las admite; llévense estos,  
porque los otros vengan con presteza,  
que aunque estos fueran justos, muchas veces  
los justos pagan por los pecadores.

CONDESTABLE

Sentencia de tirano, más que tuya.

REY

Oh duro atrevimiento, que me quieras  
el alma destruir con tus blanduras:  
no pares más aquí, que ya no puedo  
sufrir tal desmesura en mi presencia.  
Yo desenterraré aquel cuerpo frío  
de aquella que me abrasa este alma triste,  
y le daré mi esceptro y mi corona,  
y sobre la venganza de su muerte,  
trastornaré la tierra y los infiernos.

CORO 2.º

Buen conde, bien será que te consueles  
de haberte así rompido el noble pecho.

CONDESTABLE

Ay, que en España veo, a mi despecho,  
tres Pedros reyes, todos tres crueles.

CORO

Ese misterio no se le reveles,  
que donde hay fuerza piérdese el derecho.

CONDESTABLE

Ay, que me tiene un truco tan mal hecho  
amargo el corazón más que las hieles.

CORO

Mira que cuelga el público sosiego  
del tuyo, y que con este duro ensayo,  
atizas contra ti la cruda llama.

CONDESTABLE

Soy lauro verde contra el seco rayo,  
y planta larisea que en el fuego  
conservo en su verdor mi tronco y rama.

CORO 1.º

Oh como cuando Apolo  
su resplandor asconde,  
al rey que es nuestra luz y nuestra guía,  
a los que le seguimos  
se nos ha ido el día,  
y en noche oscura y triste nos hallamos.  
Y cuando el sol humano,  
con las amargas olas,  
de la encendida cólera se abraza,  
nosotros que no vemos  
sino lo que él nos muestra,  
¿Qué vemos sino cuitas y pesares?

CORO 2.º

¡Oh cuán amarga llama  
es la del dulce fuego  
en los reales pechos encendido!  
Que cual fortuna grave,  
tras calma bonanzosa,  
flores, yerbas y plantas llevar suele,  
tal es la cruda usanza  
del nieto del mar bravo,  
que de muertes se ceba, y de cruezas:  
mas presto la clemencia  
del cielo dará vuelta,  
y nos consolará con la bonanza.

### ACTO III

Rey don Pedro, Camarero, Coros, Obispo, Condestable.

#### CAMARERO

¡Oh cómo el sol hoy sale del oriente,  
más claro que solía, y más hermoso,  
para dar resplandor al occidente,  
y cómo en este valle deleitoso  
estampa más al vivo las colores,  
que han de alegrar el tálamo gozoso!  
¡Cómo esta noche aquellos ruiñeños  
hacían más suaves sus mancillas,  
y menos aquejados sus clamores;  
y cómo agora aquestas avecillas  
redoblan su cantar más acordado,  
con el tenor de alegres maravillas!  
¡Cómo más cristalino, y más vidriado,  
se muestra destas aguas el remanso,  
y el golpe de su rauda más callado;  
rarísima reseña del descanso,  
que hoy Febo ofrece al pecho lastimado  
de aquel león más que un cordero manso!  
Y así con canto dulce y regalado  
será bien recordalle, y dalle nueva  
del día de su gloria que es llegado,  
cual el que al fin del mundo le renueva.

#### CORO

Recuerda, o claro Delio, que te llama  
aquella ilustre Nise, que en el suelo  
fue rica muestra del empíreo cielo,  
adonde se ha tornado en viva llama  
y así de allá tu corazón inflama  
de un íntimo calor y ardiente fuego,  
de que la tierra adore su almo velo  
en el coloso sacro de la fama.  
Recuerda pues, y aclara ya tus ojos,  
verás de tu Medusea los arreos,  
de más que humano espíritu tocados.  
Recuerda a celebrar los himeneos  
de aquella alma feliz, cuyos despojos  
en prendas de su amor te están guardados.

#### REY

La música sin duda al alma triste  
es un pesado alivio del sentido.

CAMARERO

Antes es una natural sangría  
de la vena del alma que está en pena.

REY El alma no acostumbra aliviarse  
con la memoria grave de sus daños.

CAMARERO

La música no aviva esa memoria,  
sin regalar el sentimiento della.

REY Regala y enternece los sentidos,  
mas no da gusto al alma desabrida.

CAMARERO

Si a los sentidos sabe dar su punto,  
el alma sabía su sabor se toma.

REY

Saber el hombre mucho, y poder poco,  
es un desabrimiento intolerable.

CAMARERO

Y aún el poco saber, y el poder mucho,  
es un desorden grande de la vida.

REY

Mucho sentirse debe la amargura  
de un alto pecho en la fortuna baja.

CAMARERO

Y no menos la lástima y la cuita  
del pecho triste, en la fortuna alegre.

REY

Nunca puede alegrarse el desdichado  
en quien sus suertes hace la fortuna.

CAMARERO

Nunca sus suertes pueden ser tan tristes,  
que no dejen lugar al alegría  
que el cielo envía en pos de la tristeza.

REY No suele el cielo defender la causa  
de los tristes, de suerte que les quite  
las causas de lo ser en esta vida.

CAMARERO

Antes el cielo envía la bonanza  
tras la tormenta, como tras la noche  
oscura y triste, el día alegre y claro.

REY

Bien triste y bien oscura me fue aquesta,  
con la memoria de aquel triste sueño,  
tan de veras cumplido en la inocente.

CAMARERO

Tan claro debe ser, y tan alegre  
el día que amanece, y tan hermoso,  
para la gloria della señalado.

REY

Ella tendrá allá gloria, yo acá pena,  
aunque su muerte con la mía vengue.  
Ella con Dios descanso, yo tormento  
conmigo triste de me ver sin ella.

CAMARERO

Aquí vienen sus hijos que te llaman,  
con sus alegres almas te dan voces  
que no te aquejes hoy, que el cielo y suelo  
la quiere coronar de gloria tanta.

REY

Hijos de aquella madre tan dichosa,  
cuanto de padre triste y desdichado,  
amores, queréis ver mi diadema,  
queréis ver mi corona en su cabeza.  
¡Ay, cómo veo en estos vuestros ojos,  
en estos ojos vuestros, los de aquella  
lumbre de aquestos míos, que la lloran!  
No lloréis hijos míos, consolaos,  
yo lloraré por todos,  
y verteré a lo menos,  
por estas mis mejillas,  
tanto licor amargo,  
cuanta ella vertió sangre por sus pechos.  
¿Mas quién dará a mis ojos  
canales tan ardientes, que por ellos  
se me derrame el alma  
en lluvia, que llevada



del aire de mis íntimos suspiros,  
ablande la dureza  
de la envidiosa muerte  
que allá me lleva donde mi tesoro?  
¿Quién me dará palabras  
para debidamente lamentarme?  
Pues ya no me oye aquella,  
aquella que solía,  
con sola una palabra,  
el alma me esfogar de mil dolores.  
¿Queréis venir conmigo,  
amores de mi vida,  
a ver si os oye aquella,  
de cuyo vientre fuistes dulces pesos,  
de cuyos pechos blandos  
probastes los primeros  
y dulces alimentos,  
a ver si os oye aquella cara madre,  
o si la recordáis del dulce sueño?  
Ay, sueño amargo aquel de aquella noche,  
vigilia de aquel día tan oscuro.  
Oh doña Inés, mi bien, ¿no recordaste,  
no recordaste dél por mí gritando?  
Agora grito yo, ¿dónde te has ido?  
Al cielo por no verme,  
al cielo por no oírme.  
Bien oyo yo, bien oyo los gemidos,  
bien oyo los quebrantos de tu pecho.  
Gritabas tú por mí, señora mía,  
de aquellas crudas fieras salteada,  
querías darme aquel postrer aliento,  
para conforto desta triste vida.

ECO

Ida.

REY

¿Dónde la tuya, doña Inés?

ECO

Es.

REY

¿Voz humana la que así me asombra?

ECO

Sombra.

REY

¿De doña Inés?

ECO

Es.

REY

¿Qué me llama?

CORO El eco que resuena,  
del grito de tu pecho lastimado,  
te trae, como en pena,  
con la sombra abrazado  
de aquella que tan triste te ha dejado.  
Y desde las troneras  
deste olímpico templo redoblando  
sus voces lastimeras,  
sube, el mundo atronando,  
hasta donde Saturno tiene el mando.  
Y así con grito insano,  
la tierra, el agua, el aire, el fuego llora,  
ya todo lo mundano,  
el sol se descolora,  
de empacho de la cuita que en ti mora.  
¡Ay! No te aflijas tanto,  
oh claro sol del orbe lusitano,  
mira que tu quebranto  
no cabe en seso humano,  
y ofende gravemente al soberano.  
Mira el sepulcro abierto,  
la tierra te la ha ya restituido,  
y el tesoro encubierto  
el cielo le ha querido  
hoy descubrir con gozo tan crecido.

REY

¡Oh tierra tan oscura, y tan pesada  
como la que este espíritu me encubre,  
que me hayas tú encubierto aquel tesoro  
que mi real estado enriquecía!  
Oh tierra, temerosa sepultura  
de claros pensamientos, grave yugo  
de los hijos de Adán que acá quedamos,  
madrasta de congojas y pesares,

maestra de dolores y miserias,  
¿cómo es posible que hayas tú podido  
aquel sol eclipsar deste hemisferio,  
y sepultar en tus entrañas frías  
aquel ruego de amor? ¿No te abrasaba?  
Ay, ¿por qué me sustentas?  
Ay, ¿por qué no me tragas, cruel ballena,  
en mar de tantas cuitas anegado?  
Oh Dios, cuyo saber y providencia  
deslumbra aquel seráfico senado:  
declárame, señor, ¿por qué has querido  
al alma noble que es imagen tuya,  
dalle un tan bajo y tan caduco velo,  
como es el deste cuerpo, que de tierra  
formado y producido, vuelve a ella,  
a ser manjar y cebo de gusanos?  
¿Por qué, señor, sublimas tanto al hombre,  
y al rey que en tu lugar acá pusiste?  
Pues por la parte que de tierra tiene  
es un ejemplo vivo de flaqueza,  
una balanza de calamidades,  
una imagen y sombra de inconstancia,  
es un espejo trágico del tiempo,  
un juguete cruel de la fortuna,  
y es tierra al cabo, tierra oscura y triste.

#### OBISPO

Señor, mucho debemos a la tierra,  
que en su propia sustancia y ser convierte  
nuestros terrestres cuerpos, pues sabemos  
que es fin y perfección de toda cosa  
volverse a su principio, y que la tierra  
es el desta mortaja que nos cubre.  
Y es punto, digno de tu aviso raro,  
que aquel eterno padre nos quisiese  
de la tierra formar aqueste cuerpo,  
que había de ser vaso corruptible  
del alma, que no puede corromperse.  
Extraña y regalada maravilla,  
a gusto de tu espíritu discreto,  
y así con ella quiero consolarte,  
si tu benignidad me favorece.  
La tierra, oh rey terreno, madre nuestra,  
es un terrón de amor que se derrama  
sin tasa y sin medida a toda cosa:  
es un mar de milagros amorosos:

es fuente del amor, y de las cosas  
que de amor se sustentan, que son tantos  
cuantas no caben en sentido humano,  
ni a recontallas todas por menudo  
el ángel bastará que más cuenta:  
porque veas la gloria y bien andanza  
que de la tierra al cuerpo, que recibe,  
como ha perdido y deseado hijo,  
dentro de sus entrañas amorosas.  
Ella es aquella madre que produce  
tan varias, tan hermosas, tan alegres  
tan excelentes cosas como vemos.  
Que nunca está sino brotando bienes,  
y amores, y dulzuras espirando,  
para sustento y bien del universo  
y al cabo, al cabo, ¿no nos restituye  
a cada cual su cuerpo, extraña cola  
como de dulce sueño recordado,  
al primer toque y son de la trompeta  
que alertará los vivos y los muertos  
al despuntar de aquel sol de justicia  
que aclarará lo oscuro, y en un punto,  
en un momento, en una vuelta de ojo,  
o pena, o gloria nos dará perpetua?  
De suerte que convino que este cuerpo  
del hombre, que es hechura y semejanza  
del mismo criador que es amor puro,  
de tierra se formase, y que volviese  
a convertirse en ella, hasta que el cielo  
las vueltas acabase señaladas,  
al día en que su forma y ser remuevan  
los cielos, y la tierra, y todo aquello  
que con su ser y calidades frisa:  
porque entretanto no quedase estéril,  
sino fecundo, rico y dadivoso,  
en pro del universo derramado.  
Y éste es el alto espíritu y sentido  
de aquella letra misteriosa y viva,  
en que mandaba Dios que de la tierra  
se le hiciese altar, como de cosa  
cuyo alto sacrificio más le agrada,  
y que más representa aquella suma  
fecundidad de amor y de largueza  
aquel derramamiento sin medida,  
con que el eterno y amoroso padre  
se comunica a todo lo criado.

Suave y regalada maravilla  
que al alma, que es su templo, la vistiese  
de tierra, y que mandase que en su templo,  
a su divina gloria consagrado,  
se fabricase altar de sola tierra.  
No andaba lejos de este sentimiento  
aquel gentil; de ingenio peregrino,  
que al famoso Eliseo visitando,  
no supo con qué don, con qué presente  
poder mostrar la fe que por sus obras  
de su valor había concebido,  
sino con cargas que le dio de tierra.  
Y éste es aquel misterio que en Egipto,  
por tal se celebraba entre los sabios  
de aquel dorado siglo, que decían  
que la tierra era madre de la fama.

REY

Llámame al condestable.

CONDESTABLE

Aquí me estaba.

REY

Grandes son los misterios de la tierra.

CONDESTABLE

El cielo los declara a quien le mira.

REY

La tierra nos deshace acá la rueda.

CONDESTABLE

El cielo nos compone allá la vida.

REY

Bien es el remirarnos en la tierra.

CONDESTABLE

Y bien el espejarnos en el cielo.

REY

Tenémola acá más entre manos.

CONDESTABLE

Tenémolo allá más a nuestros ojos.

REY

La tierra va a la tierra, somos tierra.

CONDESTABLE

El cielo vuelve al cielo, somos cielo.

REY

La tierra es la que agora poseemos.

CONDESTABLE

El cielo es el que en ella granjeamos.

REY

La tierra es un refugio de miserias.

CONDESTABLE

Y el cielo un cumplimiento de deseos.

REY

Si alguna vez el cielo nos apaga  
la sed de algún deseo, no parece  
sino que de propósito lo hace  
para avivar con agua poca el fuego,  
para más encendernos las entrañas,  
y el triste corazón dejar cual horno,  
que de deseos altos no cumplidos,  
y de tormentos grandes no acabados,  
en vivas llamas arde noche y día.

CONDESTABLE

No ves, señor, no ves que esa tristeza  
esos pesares tan desaforados,  
ese tropel de tristes pensamientos,  
nacidos y criados de la tierra,  
no cuadran con la fiesta y regocijo  
de tan alegre y tan gozoso día,  
por gran merced del cielo señalado,  
que con amor tamaño aquí te espera,  
para ver tu corona en la cabeza  
de aquella cara esposa que allí tienes  
en tálamo real cual le conviene.

REY

¡Oh doña Inés, tesoro de mi vida,  
antes despojo ya de vida y alma,

dolor, empacho, asombro, espanto y grima  
del cielo y de la tierra, que estás hecha  
tragedia de lamentos y agonías,  
ejemplo de desdichas y miserias,  
no tuyas, sino mías, y del mundo,  
que no te mereció por su señora!  
¿Éste es el día de mis esperanzas?  
¿Éste el día fin de mis deseos?  
El día en que nací para así verte,  
los cielos y la tierra le abominen,  
la noche en que engendrado fui, perezca.  
¡Oh noche oscura, y más oscuro día  
el de mi nacimiento, pues me trajo  
al mundo, para ser tan raro ejemplo  
de los más mal andantes, y más tristes,  
que jamás los presentes, o pasados,  
o por venir, verán en este mundo!  
O cielos, o planetas, o deidades,  
que a vuestro criador hacéis estado,  
y gobernáis la humana monarquía,  
¿cómo pasáis por caso tan horrendo,  
y queréis que haya rey tan desdichado,  
tan triste, mal andante y miserable,  
que vea con sus ojos tal ultraje,  
y no se muera luego?  
Oh muerte cruda, ¿por qué me perdonas?  
Porque la tuya vengue mi señora,  
¿mas qué venganza habrá que al justo venga,  
de crueldad y estrago tan infando?  
De mí me vengaré que soy la causa,  
yo soy el malhechor, el alevoso:  
yo te maté, señora,  
con este amor con que te di la muerte,  
te rindo aquí la vida.  
Oh tierra, ¿cómo vivo no me tragas?  
Oh cielo, ¿cómo sobre mí no caes?  
¿Cómo no llueves sobre mí los ríos  
del Jovial furor con que me abrasas?  
Oh ángeles del cielo, a cuya guarda  
este rey sin ventura está entregado,  
¿queréis que vea yo con estos ojos,  
aquellos tan cerrados para siempre,  
y con mis manos toque las heridas  
de aquellos nobles pechos tan abiertos,  
a duros hierros, y crueles manos,  
y que yo no me mate con las mías?

Que un rey a quien el cielo no da vida,  
sino con tanta afrenta y desventura,  
bien la puede acabar con muerte honrosa.  
¡Ay, tristes pensamientos,  
que cuales del pelícano los hijos,  
dentro de mis entrañas engendrados,  
de mis propias entrañas se alimentan!  
Oh Dios, que estás allá en tu trono eterno,  
donde no llega sombra de miseria,  
y encierras en el puño lo criado,  
¿por qué siendo tú bueno sumamente,  
y a males tantos socorrer pudiendo,  
lo dejas de hacer y sufres tanto?  
Mas ya que eso te agrada, y así quieres  
tratarnos en la tierra que nos diste,  
suplícote, señor, por tu clemencia,  
la luz y el sano acuerdo nos mejores,  
de suerte que las cuitas desta vida  
los gozos no nos quiten de la tuya.  
Y tú, señora mía, que lo has sido,  
y lo serás en muerte, como en vida,  
recibe esta corona y este esceptro,  
en fe de aquella con que me dejaste  
estas prendas de amor, que son tus hijos,  
legítimos infantes deste reino.  
Y el mundo te conozca, y reconozca  
por reina deste reino, y tan señora  
de mí y de mis deseos y cuidados,  
que jamás cuidaré sino en servirte,  
y aquella fe guardarte y entereza  
que debo a tu valor, y al amor mío.  
Y así por él te pido, o sacra reina,  
que luego que acá tomes la venganza  
de tu muerte cruel, allá me lleves  
contigo donde estás de Dios gozando.

#### CONDESTABLE

Los cielos y la tierra en este día  
se gozan, y la fiesta solemnizan  
desta coronación tan deseada.  
Y así quisiera yo tener mil vidas,  
mil almas yo quisiera para todas  
a Dios las consagrar, que nos ha dado  
por reina uno señora tan ilustre,  
de tantas excelencias y rarezas,  
de tantas gracias, dones y virtudes,



que aunque muerta, y hecha polvos y ceniza,  
mereció celebrar alegres bodas  
con rey tan glorioso y soberano.  
Y así, señor, de parte deste reino,  
te doy la norabuena, y te agradezco  
la gloria y el placer que al cielo y suelo  
has dado con ensayo tan alegre.  
Y a ti, señora, adoro por mi reina,  
y deste reino, que por tal te jura,  
como a tus caros hijos por infantes.  
Y pues también el esceptro y la corona  
allá tienes del cielo sin zozobra,  
de las que el mundo malo acá te ha dado,  
suplícote, señora, no te olvides  
destos vasallos tuyos, que te adoran,  
y de tu providencia están colgados.

#### CORO 1.º

Todos agora nos regocijemos,  
todos cantemos el triunfo y gozo  
destas solemnes y sagradas bodas  
tan deseados.  
Todos al tono de los serafines  
demo al cielo la debida gloria,  
y la gozosa paz al amoroso  
orbe de Luso.  
Los refulgentes cielos, y planetas,  
vengan a punto con los elementos,  
y todos juntos a porfía canten  
gloria tanta.  
Los coimbranos montes y collados  
desde su cumbre leche y miel destilen,  
como la antigua poesía canta  
sabiamente.  
Los regalados árboles y plantas  
por regocijo su frescura muestren,  
véase en ellos cuan alegre torna  
la primavera.  
Las violetas, y las matutinas  
rosas, y flores de rocío llenas,  
todas se ofrezcan a la coronada  
Nise famosa.  
Lasavecillas que sus quejas suelen  
ir de una en otra cama recontando,  
con melodía de suave canto,  
rompan el cielo.

Las plateadas aguas del Mondego  
con su murmullo blando se compongan,  
para pujar sobre las de Hipocrene,  
en la blandura.

Los amorosos faunos y silvanos,  
las amadrías, drias y napeas,  
sus liras toquen, y discanten estos  
dulces amores.

Las sacras musas su furor divino  
todo le empleen, todo le derramen,  
solemnizando con Apolo fiestas  
tan gloriosas.

Venga pues, venga todo lo criado,  
al regocijo de la laureada  
Nise, de ninfas y amorosas almas,  
almo dechado.

#### CORO 2.º

¡Oh cómo ya las quinas  
se muestran preciosas  
al bando lusitano,  
que dellas se socorre!  
¡Oh cómo la clemencia  
de aquel eterno padre  
permite grandes males,  
porque pretende dellos  
sacar mayores bienes!  
¡Oh cómo la justicia  
del cielo galardona  
ilustres pensamientos,  
sosiega y abonanza  
tormentos y fortunas  
de pechos levantados!  
De aquel ultraje horrendo,  
que aquellas crudas fieras,  
por permisión divina,  
hicieron ea aquella  
cordera, y mansa oveja,  
¡Cuánto triunfo y gloria  
Dios ha sacado agora!  
La muerte poderosa  
no tiene poderío  
contra el valor y fuerza  
de las virtudes claras.  
Aquella viva rosa,  
de aquella fría nieve,

caída y marchitada,  
¡Cómo ya reverdece,  
tan bella y tan hermosa!  
Aquellas crudas llagas,  
por donde con la sangre  
se le vertió la vida,  
¡Cómo lo están manando,  
tan líquido Amaltea,  
de gloriosa fama!  
¡Cómo aquel león fuerte  
esfoga ya la furia  
del encendido pecho,  
viendo resucitada,  
con su fogoso aliento,  
aquella cuya muerte  
la vida le quitaba,  
si no hubiese con esto,  
cual otro libre Alcido,  
tocado los despojos  
de su consorte cara,  
para más abrasarse  
de la encantada llama!  
Mas sea, o rey sagrado,  
tu llama cual aquella,  
tu fuego cual de fénix,  
so cuyas nobles alas,  
so cuyo ardiente celo  
revivan los mortales.  
Y tu coraje y brío,  
que tanta grima pone,  
pare en vengar la muerte,  
la muerte y vituperio  
de tu celeste Nise,  
que ya los alevosos  
llegado han de Castilla,  
con más horrendo aspecto  
que furias del infierno.

#### ACTO IV

Álvaro González, Pero Coello, Guardia, Alcaide, Coros, Verdugo.

#### GUARDIA

Ya no se nos irá por pies la caza,

caído han los venados en las redes.  
Dentro destas están los alevosos.  
Álvaro González, que merino  
Mayor, de aqueste reino ser solía,  
que éste es el que le dio las puñaladas,  
y le quitó la vida, o caso horrendo,  
a nuestra reina doña Inés de Castro:  
también el otro senador famoso,  
Pero Coello, camarada suya,  
está con él, que a buen seguro mío,  
entrambos en conserva, como tales,  
querrían salir bien presto desta oscura  
y lóbrega mazmorra en que los tengo,  
al ciego reino del eterno llanto.  
Mas entre tanto, agora que me cabe,  
con esta escuadra y compañía alegre,  
la suerte de guardallos, podré hacella  
en ellos de manera que mi pecho  
se sangre del rancor, desdén y saña,  
contra tan crudas bestias concebida.  
Aunque mejor sería moderarme,  
si este coraje refrenar pudiese,  
de ver aquellas caras sin vergüenza,  
de los estigios vientos requemadas.  
Que cual lebre l sagaz que acostumbrado  
a perseguir las selvaginas fieras,  
cuando lejos se siente del cerdoso  
y ardiente jabalí, con poca fuerza,  
de la trailla usada se detiene,  
mas cuando se le acerca todo rompe,  
y se arroja sobre él furiosamente.  
Tal es mi brío agora, y no sé cómo  
disimular el alborozo y celo  
de dalles el aviso y buena nueva,  
de como ya se apresta el buen alcalde,  
para luego venir a visitallos,  
por la venida buena de Castilla,  
y el público ministro se compone  
para llevar el precio de las justas,  
y bien regocijallos las personas.  
Mas bien será tomar figura nueva,  
y hacer del piadoso por proballos,  
y por podelles dar más sazonado  
el trago venenoso de sus almas.  
Amigos, Dios os salve y os consuele,  
y a todos con su gracia nos ampare,

que cierto cuanto yo de veros gusto.  
Tanto el pecho se me abre de ternura,  
y la debida piedad humana  
me fuerza a lamentarme en la alegría.

ÁLVARO

Si te pesa de ver cuales estamos,  
apiédate del rey que así nos tiene,  
que otra piedad en cuenta se recibe  
de la poca que siempre de ti hicimos.

COELLO

Gentil consolador de nuestras almas,  
gentil lamentador de nuestros duelos,  
venido nos había.

GUARDIA

Escupa Dios en tan malditas fieras.

COELLO

Perro villano, ¿así te nos atreves,  
así nos has las caras escupido,  
porque nos ves atados a este cepo?

ÁLVARO

Sayón cruel, plutónico ministro,  
¿No ves que quien escupe contra el cielo,  
se lo vuelve a la cara?

GUARDIA

Oh descarados,  
vosotros escupistes contra el cielo,  
rompiendo aquellos hilos delicados  
que el soberano espíritu ceñían,  
de aquella vida, que era vida y gloria  
del mundo, tan sin bien, cuanto sin ella.  
El cielo con relámpagos y truenos  
escupa rayos que la tierra rompan,  
donde tan crudas fieras han nacido.  
No cría tales monstruos Lusitania,  
¿de qué Caucasos monte acá salistes?  
¿De qué nevada Scitia habéis venido?  
¿Qué hircanas tigres os han dado leche?  
¿Con qué caribes os habéis citado,  
que de carnes humanas se alimentan?  
¿Vuestras bravezas, vuestras crueldades,

no habían de venir al pagadero?  
Ya sale ya quien amansaros piensa,  
bien creo conocéis a nuestro alcalde,  
el rey le ha encargado que probea  
como este honrado joven que aquí viene  
os agasaje, que vendréis cansados  
de los caminos largos de Castilla.

VERDUGO

Amigos bienvenidos a la tierra,  
bien gordos a lo menos, y bien frescos,  
con vosotros me abrazo, sin acuerdo  
de ofensas, ni de cosas ya pasadas.  
De hoy más entre los tres no se oya cosa,  
que no sea de amigos y de hermanos.  
Aquí viene el alcalde vuestro amigo,  
no sé qué juego os trae aparejado.  
GUARDIA Cruels, alevosos, yo seguro  
que el aire de algún lobo, como dicen,  
os ha en las lenguas dado perlesía.  
Traidores, enemigos, convertíos  
a Dios, que se apiade desas almas,  
si contra su bondad no procediese,  
en apiadarse de almas tan perdidas.

ALCAIDE

¿Qué hacen los gigantes?

GUARDIA

Señor, piensan  
el cielo deshacer de tan gallardos.

ALCAIDE

¿No están arrepentidos de sus culpas?

GUARDIA

De habérseles los pasados atajado  
a muchas otras, rabia los aflige.

ALCAIDE

¿Hasles hablado tú como lo sabes?

GUARDIA

Hablalles quise a ver si estaban cuales  
me dice el que los trae de Castilla,  
y hallelos cuales tú verás agora,

que ya suenan las duras herraduras,  
aunque vienen a pie los peregrinos,  
Y el público ministro te los trae,  
a vistas, no te espanten sus figuras,  
que más abominables son sus almas.

CORO

¡Ay, qué colores tan del otro mundo,  
qué cabelleras tan desordenadas,  
qué barbas tan horribles, qué semblantes  
tan fieros, qué ojos ten encarnizados!  
Conviértete a tu Dios, o mundo ciego.

ÁLVARO

¿Qué nos quieres, alcalde? Aquí nos tienes.  
Que hoy es el día en que te ha dado el cielo  
sobre estos nuestros cuerpos poderío.

ALCAIDE

Sobre esas vuestras almas te ha tenido  
y le tiene el demonio, o miserables,  
¿no veis cuán poco os queda ya de vida  
para de la pasada arrepentiros?

COELLO

El arrepentimiento de los vicios,  
que muchos son acepto, siempre ha sido  
en el acatamiento soberano  
de aquella majestad que nos gobierna,  
mas el de las virtudes no le agrada.

ALCAIDE

Virtudes en vosotros, si en vosotros  
virtud alguna, o sombra de ella hubiese,  
diría yo que el cielo está de vicios,  
como el infierno de virtudes lleno.

ÁLVARO

Si contra el rey pecamos, y él es justo,  
alcanza dél perdón de nuestras culpas,  
que si es la ofensa grande del que ofende,  
la gloria no es menor del que perdona.

ALCAIDE

La voluntad del rey con la divina  
se debe conformar, y así os perdona

de corazón, la ofensa que te hicistes;  
mas no os perdonará jamás las penas,  
que a culpas tan enormes son debidas,  
ni el soberano tal perdón consiente.

COELLO

Donde no hay culpas, no se debe penas.

ALCAIDE

Negar las culpas es acrecentellas,  
si menguar o crecer las vuestras pueden.

ÁLVARO

¿Qué culpas hallas tú, qué culpas hallas  
en estos valerosos caballeros,  
que tan a costa de su noble sangre  
su ingrata patria libertar quisieron  
de aquella servidumbre tan infame  
de aquel desdén de aquel ultraje y mengua,  
que aún agora aquí los corazones,  
con un horror ardiente nos eriza?

ALCAIDE

Malditos de la maldición eterna,  
al cielo y a la tierra abominables,  
¿No habríades mancilla desas almas,  
no veis el vituperio y el denuesto  
que dejáis de vosotros en el mundo?  
¿No veis, o ciega gente, que el pecado  
que cometistes, fue tan detestable,  
que al cielo y la tierra pone grima,  
cuanto más el morir sin conoceros?  
¿No veis que aquella corderilla mansa,  
que tan rabiosamente apedazastes,  
esclarecida doña Inés de Castro,  
reina ya deste reino coronada,  
mil reinos merecía, y monarquías?  
Decid, malditos, ¿ella en sangre no era  
de todos los cristianos reyes deuda?  
¿Qué mas podía ser, que hija ser  
de don Pedro Fernández el de Castro.  
Ilustre sucesión y descendencia  
sagrado tronco Y soberana cepa  
de aquella generosa y alta rama,  
so cuya sombra el mundo se guarece;  
de aquellos dos jueces de Castilla,



Nuño Rasuera digo, y Lain Calvo.  
Y de los reyes della, y desta tierra?  
Y aunque bastarda, ¿por su madre no era  
de los de Valadares, en el mundo  
linaje tan ilustre, cuanto antiguo?  
Y ésta era la dolencia, ser bastarda,  
hija de madre que también podía  
legítima mujer ser de su padre.  
¡Oh ceguedad de bajos pensamientos,  
de la cruel envidia carcomidos!  
No echárades de ver en lo que pasa,  
por otros grandes reyes y monarcas,  
quien en linaje se le aventajaba  
de cuantas en el mundo han sido reinas.  
¿Pues en virtudes quién te precedía,  
de cuantas la memoria humana adora?  
En discreción, en hermosura, en gracia,  
¿qué dea de la tierra no quisiera  
rendida estar a su celeste arco?  
Y cuando todas estas maravillas,  
y más que humanas dotes le faltaran,  
¿no le sobraba aquella fe tan viva,  
aquel amor tan puro con que amaba  
al rey nuestro señor que la servía?  
¿No le sobraba aquel amor materno,  
con que se guarecía de sus hijos,  
infante que Dios guarde deste reino,  
que descolgados de sus dulces pechos,  
se los vieron romper tan crudamente?  
¿No le sobraba aquel sagrado amparo,  
y fuerte valedor de su flaqueza,  
a vuestros pies rendida?  
Oh corazones más que mármol duros,  
los que no se derraman por los ojos,  
heridos de tan trágico dechado.  
¿Y esto decís vosotros haber sido  
la libertad del reino lusitano?  
¿Haber con sangre tan esclarecida  
los cielos Y la tierra violado?  
¿Haber esta mancilla dado eterna  
a Portugal, que della salgan monstruos,  
que tan infando crimen acometan?  
Oh malditos de Dios, cuando ella fuera  
indigna de la gloria que quería  
el rey su esposo dalle, ¿con qué cara,  
delante pareciades de aquella

en quien vuestro señor se remiraba.  
Para alevosamente acometella,  
cuales hambrientos lobos, mansa oveja,  
sino para pedille de rodillas,  
y con plegarias dulces suplicalle,  
que en una religión de estrecha vida  
que éste era su deseo se metiese?  
Y cuando no pudiérades con ella  
esto acabar, dejárades al cielo  
de tan ciertos peligros el reparo,  
y no nos mancillárades las almas.  
De vernos tan infames en el mundo,  
que contra la virtud tan conocida,  
que contra la inocencia  
que contra la flaqueza,  
tuviesemos esfuerzo.  
¡Oh destino cruel de nuestros días  
oh duros trances de maligna estrella!  
Llorad, llorad, malditos, el ultraje  
que hicistes en aquella gran señora.  
Llorad el llanto y cuita deste reino,  
que del rey sin consuelo se apiada.  
Llorad la afrenta y mengua que habéis dado  
a vuestra parentela, a vuestra patria,  
al ser y punto del estado humano.  
Desos tan desalmados pensamientos  
Oh despojad, y desos tristes cuerpos  
a Dios los ofreced en sacrificio,  
Que aplaque su furor contra nosotros;  
a Dios os convertid, perdidas almas.

### ÁLVARO

Con lágrimas bañáramos la tierra,  
con ellas deshiciéramos los cantos,  
si cuales dices tú hubiéramos sido;  
mas otro es el juicio que en el cielo  
se hace de nosotros, y en la tierra,  
donde hay de lealtad centella alguna.  
Y en esto estamos tan persuadidos,  
y tan sin pena alguna, de las muchas  
que piensas darnos, que aún de ti creemos  
que allá en tu pensamiento, si le tienes,  
de la enconosa yerba no tocado,  
nos juzgas al revés de lo que dices;  
mas bien sentimos que no es en tu mano  
dejar de ser Pilatos con Herodes.

ALCAIDE

¡Oh cuán en vano el hombre emendar piensa  
a quien Dios ha dejado de su mano!

COELLO

Alcaide, no te duelan nuestras almas  
mientras de nuestros cuerpos no te dueles,  
que presto verás tú en el consistorio  
del rey del cielo, justo y poderoso,  
para cuyos estrados te emplazamos,  
a ti, y al rey, y a todos los que fueren  
de su consulta parecer y acuerdo,  
tu ceguedad, tu iniquidad, tu furia,  
tu pena sempiterna, y nuestra gloria.  
Y el mundo sin razón, ingrato y ciego  
verá por los castigos que del cielo  
sobre él vendrán, que aquella justamente,  
de aquella que la gloria nos quitaba,  
hazaña fue, proeza y valentía,  
que a pesar y despecho de quien digo,  
estatua pide de gloriosa fama.

ALCAIDE

¿Así que estáis en eso?

COELLO

En esto estamos.

ÁLVARO

Estamos y estaremos, de manera  
que hará la muerte treguas con la vida,  
la noche oscura día será al mundo,  
quietas estarán Scila y Caribdis,  
reposará con Eolo Neptuno,  
del mar se cogerán maduras mieses,  
el cielo caerá sobre la tierra,  
primero que las muertes, o las vidas,  
las esperanzas grandes, o los miedos,  
los ruegos blandos, o las amenazas  
del rey cruel, o tuyas, o del mundo,  
nos hagan desmentir un solo punto  
del que guardamos siempre de constancia,  
de lealtad, de fe, de fortaleza,  
con que la muerte dimos a la amiga  
del rey tan enemigo de su patria.

### ALCAIDE

¡Oh confesión que en confusión se torna  
de todo lo que el cielo en torno cubre!  
Andad, malditos, al eterno fuego,  
quitádmelos allá, descoyuntaldos,  
las penas de Ixion, las de Sisifo,  
los tormentos de Tántalo crueles,  
les dad toda esta noche, hasta que el día  
nos dé cumplida dellos la venganza.

### GUARDIA

A nosotros el cargo, meneaos,  
andad allá, gigantes; tú, mancebo,  
agora mostrarás tus gallardías.

### VERDUGO

Un rato al potro, y otro rato al brete,  
veremos cómo braman los leones.

### COELLO

La muerte dará fin a las miserias.

### ÁLVARO

Dichosa muerte que da vida a tantos.

### CORO

¡Oh, cómo en el instante  
que en este oscuro valle  
de lágrimas, el hombre  
del corruptible velo el alma viste,  
allá donde las leyes  
son todos inmutables,  
están con letras vivas  
sus medios estampados, y sus fines!  
Por tanto el que dichoso,  
o desdichado fuere,  
esté persuadido  
que lo mortal se rige por lo eterno.  
Y así con fuertes alas,  
de corazón humilde,  
al cielo levantado,  
conviértete a tu Dios, o mundo ciego.

### CORO 2.º

Mira que sus consejos

son incomprensibles,  
mira que sus caminos  
no son al seso humano investigables.  
Que aunque claro y divino,  
es nuestro entendimiento,  
de suerte que acostumbra  
a Dios mirar acá dentro en su seno.  
No tiene poderío  
contra el destino eterno,  
que nuestro saber vence,  
y a nuestras fuerzas pone rienda y freno.  
Tal cual mortal consejo,  
se halla sin aliento,  
a su fuerte deseo  
y a su firme querer enfermo y flaco.  
Humíllate por tanto,  
oh corazón humano,  
en el acatamiento  
de aquella majestad que es sobre todo,  
y en los que ves caídos,  
justicia considera,  
como en los levantados  
puedes considerar misericordia.  
y así suavemente,  
temiendo su justicia,  
y amando su clemencia,  
conviértete a tu Dios, o mundo ciego.

## ACTO V

Don Pedro, Álvaro González, Pero Coello, Alcaide, Coros, Verdugo.

### ALCAIDE

Oh majestad de Dios que por el norte  
de su saber eterno gobernada,  
escándalos permite en este mundo,  
para estrenar a quien los cometiere,  
la fuerza y el rigor de su justicia;  
y lo que más temor y espanto pone  
en la profundidad de sus secretos,  
y el corazón humano más alerta  
a no perder la sombra de las alas  
de aquella majestad que nos abriga,  
es que cuanto más sufre, más se aíra,

y cuanto más se espera, más se apresta,  
en el vagar de su consejo cierno,  
para vengarse de los que le ofenden.  
¿Y qué mayor venganza, que dejallos  
ir de un pecado en otro al albedrío  
de sus desenfrenados apetitos,  
para que al cuento y peso de las culpas  
vaya creciendo el colmo de las penas?  
Solemos los jueces, imitando  
aquel juez supremo, apiadarnos  
de quien comete algún delito o crimen  
por ignorancia o por flaqueza humana;  
mas cuando es por malicia, no podemos  
los filos embotar de nuestra espada.  
Que cosa un pecado de malicia,  
que como es contra la bondad divina,  
no da lugar que ella le perdone.  
Y así de lance en lance, o caso triste,  
el corazón humano endurecido,  
se va tras su estragado sentimiento,  
a dar en el abismo del desprecio,  
atolladero de los reprobados.  
Desesperados ya de arrepentirse.  
Oh llagas desta nuestra edad de hierro,  
en que los que vivimos claro vemos  
que Lusitania, nuestra dulce madre,  
que ser solía el pueblo regalado  
con quien Dios más clemente se mostraba,  
haya, por alta permisión del cielo,  
venido a ser el bando aborrecido,  
y la venera que produce el hierro  
de que se fraguan las batidas yunques  
donde descarga Dios su saña eterna,  
y engendre Portugal más prodigiosas,  
más encruelecidas alimañas,  
y más endurecidos corazones,  
que en otro tiempo Egipto, o Babilonia.  
¿Qué es esto, Dios? Sino que la malicia,  
la envidia, la crueldad, la cobardía,  
hazañas y proezas nunca oídas,  
contra aquella mansísima cordera,  
tan rabiosamente apedazada,  
mudaron desta suerte nuestros hados,  
y las canales del amor eterno  
con que Dios nos miraba y regalaba.  
Parece que cerraron de manera

que somos ya nosotros los esclavos  
a quien castiga Dios para escarmiento  
de otros queridos hijos, pues tenemos  
de su final justicia en esta vida,  
tan manifiesta prueba a nuestros ojos.  
Qué espíritu sublime no se abate,  
qué ingenio reposado no se turba,  
qué pecho sosegado no se altera,  
qué blando corazón no se endurece,  
qué entrañas piadosas no se cierran,  
contra tan inhumanas, tan feroces,  
tan crudas, tan tartáreas harpías,  
como son estos crudos alevosos,  
que habiendo cometido el más horrendo  
y detestable crimen de la vida,  
rompiendo crudamente aquellos pechos  
de aquella ilustre doña Inés de Castro,  
espejo en quien el cielo se remira,  
habiéndonosla dado, oh mundo ingrato,  
en vida, como en muerte por señora.  
Allí donde, se están aherrojados,  
cuales hircanas fieras en leonera,  
a los umbrales de la eterna muerte,  
de sus cruizas y desalmamientos  
sus rabiosos pensamientos ceban,  
cuales hambrientos buitres de Teseo.  
¿Qué dirá el rey, si a sus oídos llega  
el infernal coraje y tesonía  
de tan crueles y cobardes tigres,  
oprobio y maldición de los nacidos  
y por nacer, en todas las edades?  
Mas éste es que aquí viene demudado.

REY

¿No es hora ya?

ALCAIDE

La destos alevosos  
llegada es ya.

REY

¿Pues, cómo no los sacan?

ALCAIDE

El reino, que aquí todo se ha juntado,  
quisiera que en secreto se les diera

el último tormento con la muerte,  
porque no se dijera por el mundo  
que lusitanos de tan triste vida  
sin della arrepentirse la acababan.

REY

¿Quieren que los demonios se arrepientan?

ALCAIDE

Antes, señor, es permisión divina  
que vayan del infierno desta vida  
al de la eterna, tan a vista de ojos,  
porque se vea cuanto a los divinos  
es la crueza abominable y fea;  
y porque el grito del linaje humano,  
de culpas tan enormes ofendido,  
sin que haya quien dolerse pueda de ellos,  
los lleve con eterno vituperio  
desde el ardiente, hasta el polo helado.

REY

Envía ya por ellos, salgan luego.

ALCAIDE

Presto, señor, saldrán, y de trailla  
los traerá quien los había mostrado,  
cual piedra allá engendrada por el Nilo,  
que quita los ladridos a los perros.

REY

Ladridos dan, o aullidos los mastines.

ALCAIDE

Ladridos con las bascas de la muerte,  
y aullidos con la rabia de la vida.

REY

¿Qué dicen los malditos, no maldicen  
el día en que nacieron para verse  
desdén, ultraje y mengua de los hombres?

ALCAIDE

No es justo que bien hablen en la muerte  
los que en la vida tanto mal hicieron.

REY



Qué bien viniera agora el toro ardiente  
de Falaris, que los regocijara.  
¿Son estos los valientes?

ÁLVARO

Hoy lo somos,  
como siempre lo fuimos.

CORO

¡Oh qué golpe  
el rey, de ver su aspecto denodado,  
al Coello le ha dado por la cara,  
con el azote que tenía en la mano!  
¡Ay crudo espectáculo! ¡Qué ejemplo,  
qué representación tan espantosa  
del día del juicio lamentable!  
Desnudos, maniatados, a la mira  
del cielo y de la tierra, están los tristes,  
y aun no se rinden al poder divino.  
Conviértete a tu Dios, oh mundo ciego.

COELLO

Triunfa, o crudo rey, de aquestos cuerpos,  
mas no de estos espíritus sublimes,  
que no tienes tú fuerzas ni poderes  
contra el esfuerzo destes corazones,  
a la honra de la patria consagrados.  
Hermano y compañero, éste es el día  
en que el cielo eterniza nuestra fama,  
gocémonos en él, y hagamos burla  
de este rapaz, y de sus braverías.

ÁLVARO

Antes agora nuestros pensamientos  
sobre la humana suerte nos ilustran,  
pues de aquel hecho nuestro glorioso,  
tanto el cruel Tieste se lamenta.

REY

¿Qué dicen estas fieras?

ALCAIDE

Lo que suelen  
los mártires satánicos que quieren  
gigantes parecer en el esfuerzo.

REY

¿Tan esforzados por sus corazones?  
Arránquenseles luego de los pechos.

ALCAIDE

Si fueran esforzados no pudieran  
cruenza cometer, pues la cruenza  
de vil temor y cobardía nace,  
como la piedad y la blandura  
de generosidad y valentía,  
y es alto toque del esfuerzo humano  
el apiadarse el hombre de sí mismo,  
y la divina majestad rendirse.

REY

El corazón de aquel que fue el primero  
que derramó tan inocente sangre,  
por las espaldas se le arranquen luego.

ALCAIDE

Sus carnes bien será que no las toque  
la tierra, porque no la contaminen,  
sino que convertidas en ceniza,  
se viertan en sus casas, que sembradas  
serán de sal, con maldición eterna.

REY

Todo eso es muy bien, y así se hace.

ÁLVARO

Oh patria lusitano, ¿cómo puedes  
sufrir contra ti misma tal tirano,  
y así desamparar tus caros hijos?  
Mas tú que allá lo ves, y allá lo juzgas,  
eterno rey del cielo y de la tierra,  
sobre ésta, y sobre el rey que la gobierna,  
no tardes de venir con el castigo.  
A Dios, rayos del sol, beldad del cielo,  
¿Por qué no os eclipsáis, como lo hecistes  
a la otra fiesta del cruel Atreo?  
Ponme esa venda ya sobre estos ojos,  
a Dios, Coello amigo.

COELLO

A Dios, hermano,  
que de las suertes que los dos hicimos,

la tuya fue mejor, pues vas primero.

REY

¿Qué vocería es ésta?

ALCAIDE

Señor, gritan  
las gentes, de placer y regocijo  
de ver al uno dellos ya cual cumple.

CORO

¡Ay, cómo le apedaza ya el verdugo.  
Qué sangre tan podrida corre dél!

VERDUGO

No le hallo el corazón.

ÁLVARO

Pues ahí le tengo  
búscale bien, que ahí le hallarás más fuerte  
que el de un león, y más leal y entero  
que el de un moro de Fez, y más hidalgo  
que dese rey tirano;  
dirasle que se cebe,  
dirasle que se harte  
desta mi sangre,  
desta.

VERDUGO

Ya no bravearás: éste era el bravo  
y fuerte corazón del gran merino.  
Tal quiero yo el carnero, aunque no como  
el corazón del ave que así aturdo.  
Si alguno está tocado de la rabia,  
podrá quemalle y deshacelle en polvos,  
que así venidos, son de gran efecto.

CORO

¡Ay, cómo le cuarte a y le apedaza,  
el corazón a ver qué tiene en él!

REY

¿Hallas algún portento, algún prodigio  
en ese corazón?

VERDUGO

No hallo nada.

REY

De ese otro que de tímido conejo,  
león se quiso hacer sangriento y crudo,  
harás lo mismo, no por las espaldas,  
sino por esos pechos desalmados  
le arranca el corazón y las entrañas.

CORO

¡Ay, qué terrible está, qué encarnizado  
el rey! ¿Quién le verá que no se asombre?  
Quién vio tal vez en la africana selva  
carnicero león, que harto y relleno  
de mucha carne y sangre, en medio estando  
de la espantada y tímida piara,  
aunque haya satisfecho al vientre crudo,  
cumplido no ha con el furor nativo,  
y así con el cansado y fiero diente  
ora al toro amenaza, ora al novillo,  
tal piense que está el rey, o más furioso.  
Mas presto se verá por sus mejillas  
en líquido tesoro derramarse  
el corazón que agora está tan duro,  
si el cielo de nosotros se apiada.  
Conviértete a tu Dios, o mundo ciego.

VERDUGO

Mi fe, éste ya acabó sus buenos días,  
de ver el cabo de su compañero.  
¿No fueras tú, Coello? ¿Duermes, ola?  
Despierta, que ya es hora; ya resuella:  
¿no dices algo con que te bendiga  
tu compañero, que te está esperando?

COELLO

¿Qué quieres que te diga? Haz tu oficio.  
Dormía yo, y mi corazón velaba,  
Coello soy, que fuerte y poderoso  
León he sido, y ésta es fortaleza,  
morir alegremente por la patria,  
y por la eterna fama dar la vida.  
Acábamela pues,  
dáselo al rey,  
Dirásle.

VERDUGO

Dirás tú a Carón que allá te escuche.

CORO

¡Ay, cómo le trasanda las entrañas,  
para arrancalle el corazón hinchado;  
Ay, cómo le parte y desmigaja,  
a ver si baila en él algún milagro!

VERDUGO

Allá Plutón hará con tal conejo,  
esta noche la fiesta a sus amigos.

ALCAIDE

Señor, aquí no hay más que hacer agora,  
sino mandar llevar aquellos cuerpos  
al quemadero donde se hagan polvos.

REY

En eso ordena lo que te pluguiere,  
que a moro muerto ya no doy lanzada.

ALCAIDE

Con esto queda entera la venganza,  
el reino satisfecho, y tu justicia  
ejecutada como se esperaba.  
A Dios se dé la gloria, que ha querido  
dar este alivio a tu afligido pecho,  
y la muerte vengar de nuestra reina  
esclarecida doña Inés de Castro,  
tan en su flor llevada deste mundo  
al trono de la eterna monarquía.

REY

¡Oh cómo los deseos desta vida  
son más crecidos que los gozos della!  
Mis deseados gozos eran estos,  
vengar la muerte de tan gran señora,  
si de mí no tomase la venganza  
mis íntimos deseos y quejidos,  
que después de cumplidos me comienza  
a dar el desengaño, que no pueden  
el hueco henchir del alma siempre triste,  
mientras el infinito bien no alcanza.  
Y así quería yo que el cielo agora  
me fuera tan propicio y favorable,

que luego desta vida me llevara.  
¡Ay! Que el deseo del vivir humano  
no es sino por gozar de buenos días.  
¡Oh dios aciagos los que vive  
un rey como yo soy tan sin ventura  
que todo aquello que pudiera a muchos  
contento dar; a mí me da tormento  
y el gozo del deseo más cumplido  
el inflamado corazón me deja  
cual lago troglodítico espantable,  
donde nunca hay descanso ni reposo!  
¡Oh cuán amargo es del amor el fruto,  
del vano amor que en Dios no va fundado!  
Mas contigo lo quiero haber agora,  
eterno rey del cielo, si este polvo,  
si esta mortal ceniza a ti llegase.  
Mandado lo has, señor, y así se cumple,  
que el alma que de ti se desviare  
cruel verdugo sea de sí misma.  
Oh justo juez, en cuyo acatamiento  
temblando están del cielo las columnas,  
vengádome has, señor, mas no te vengues  
de mí, si esta venganza que he tomado  
de los lindes saltó que tú me has puesto.  
Y bástete, señor, que me conozco,  
y me conozco digno de las penas  
que tú me das en este oscuro abismo  
de lágrimas, endechas y lamentos,  
donde no veo el resplandor celeste  
de aquella que era el alma desta mía.  
Y que viviré ya con desengaño,  
que aquel sólo sabio, el que te sabe,  
aquel es sólo fuerte que te adora,  
aquel sólo es feliz que te conoce,  
y aquel es sólo rey que te obedece.  
Oh señor, si quisieses de paloma  
las plumas darme, con que me acogiese  
a un solitario y reposado asiento,  
donde cual viuda tórtola emplease  
la triste vida en íntimos gemidos  
desta alma compungida, y desdeñosa  
de las grandezas bajas deste mundo.  
Mas, ay dolor, que deste bien tamaño,  
deste descanso, desta bien andanza,  
me veo yo sin esperanza alguna,  
mientras sobre mis hombros tengo el peso

deste atlántico monte, que es el reino.  
Mas tú, descanso roto, esfuerzo mío,  
consorte mía y esperanza mía,  
mi vida y mi señora, si te place  
desello allá en el cielo, donde tienes  
con el eterno rey cabida tanta,  
pues sabes cuan baldío y peregrino,  
cuan falto de contentos y placeres,  
cuan lleno de zozobras y pesares,  
vivo sin ti en la tierra, que por tuya  
poseo, mientras ella me posee,  
suplícote, mi bien, por esta viva  
y ardiente fe que tengo allá contigo,  
y por aquel arreo de grandezas,  
angélicas costumbres y primores,  
con que viniendo acá agradaste al cielo,  
que así te me llevó dentre las manos,  
no te olvides de mí, que por ti llamo,  
por ti suspiro, por ti gimo y lloro,  
mientras no me llevares deste triste  
y miserable mundo, en que me tienes,  
a los descansos de tu eterna vida.

#### CORO 1.º

Solemnícemos todos la venganza  
de aquella lastimera y cruda muerte  
de nuestra sacra Nise laureada,  
y el mundo, que ya va tan de caída,  
vea que en él nos falta quien conserve  
aquel valor antiguo y gentileza,  
aquella discreción y valentía,  
de no pasar por caso mal contado,  
y de guardar su punto y su decoro  
al noble estado y mujeril flaqueza.  
Y vea, si no está del todo ciego,  
que las virtudes, aunque atribuladas,  
son las que prevalecen y dan gloria,  
y los vicios infamia y pena eterna.  
Demás que desta trágica jornada  
de mano en mano irá, y de siglo en siglo,  
del Tajo al Ganges, y del Duero al Nilo,  
que el mundo no es sino un inmundo cieno,  
atolladero de almas desdichadas,  
es un estrecho amargo, un fiero Euripo,  
un piélagos tantáleo de miserias,  
un mar Bermejo de calamidades,

y un triste cabo de Buena Esperanza  
donde jamás se amansa la fortuna.  
¡Oh, bien andante aquel que en el remanso  
de una quieta y solitaria vida,  
a la serena luz de su reposo,  
espeja su delgado entendimiento,  
y del amor secretos descubriendo.  
Del amor digo que con Dios nos ata,  
si está sobre sí mismo levantado,  
y derramando el alma por los ojos  
de ver la ceguedad de los mortales,  
que deste mundo siguen la corriente!  
Oh, cómo le tenían asentado  
en sus contemplativos pensamientos,  
éste misterio, aquellos mamposteros  
de la romana fábrica quemada,  
que cuando su ciudad edificaron,  
oráculos hicieron dentro della  
a todos los dioses abogados  
de las cosas que el mundo nos promete:  
mas al Dios de los gozos y descansos,  
allá le hicieron templo en el desierto,  
en un yermo le hicieron una ermita,  
llamado el templo de los descansados.  
Por tanto afuera, pensamientos vanos  
del mando tan pagado de sí mismo,  
afuera ya, esperanzas y temores:  
conviértete a tu Dios, o mundo ciego.

#### CORO 2.º

¡Oh, cómo ya la majestad divina  
irá aplacando su furor y saña  
contra la tierra donde aquella sangre  
tan inocente, tan purpúrea y noble,  
sin piedad se había derramado,  
viendo la devoción y ceremonia  
con que sacrificó la misma tierra  
aquellas tristes almas, que cortadas  
de aquellos troncos en la hoguera echados,  
de sombra en sombra van al hondo abismo  
de fuego, hielo, y cuita, y llanto eterno!  
¡Oh, cómo ya el león del fuerte aliento,  
nuestro sagrado rey, que Dios prospere,  
de haber tal cima dado a sus amores,  
se nos dará más manso que un cordero!  
Mas quién se fiará de la mudable



naturaleza humana, y de la ciega  
fortuna envidiosa, y vana dea,  
que tiene a burla los humanos gozos,  
de suerte que si alguno nos destila,  
como por alambique, luego vuelve  
con las amargas olas, con los mares  
de los quebrantos, sobre nuestras almas.  
Así que el bien de dura, y el reposo,  
es no querelle acá en este destierro,  
hasta llegar a la celeste patria.  
Por tanto afuera ya, reposos vanos,  
afuera ya, tormentas y bonanzas:  
conviértete a tu Dios, o mundo ciego.

FIN